

SEGUNDO PUESTO

Emma y los vínculos disparos de su realidad

Yamid Galindo Cardona
Cine y Televisión
Facultad de Arte, Comunicación y Cultura
fabio.vinasco@uniagustiniana.edu.co

El encuentro con Emma

Asumiendo la primera línea y resistencia de estos tiempos, Emma fue soportando la “explosión” de las noticias y su contexto en medio de los incesantes ruidos de la máquina de guerra que fue trasladada a sus calles. La comodidad del apartamento le permitió ver casi en directo el mapa que nos enviaba el país por redes sociales ante la situación de la protesta social que había logrado tumbar medidas institucionales, pero que iba por más sin calcular la respuesta del gobierno y de algunos que decidieron asumir la autodefensa de sus espacios ante la respuesta de las falsas noticias y el desbordado temor del rumor. Juntándose en algunas manifestaciones en resignificadas zonas ante las nuevas ciudadanías, almorzando en ollas comunitarias y, armando arengas en vistosos carteles o en paredes de arte callejero que vivenciaban acciones críticas y coloridas de memoria que en contraparte “gente de bien” convertían en grises y oscuras ante la crudeza del mensaje, se podía leer: ¡No hay futuro sin verdad! ¿Dónde están los desaparecidos? ¡Huye que te coge la muerte! ¡Nos están matando! ¡Estado asesino! ¡La memoria no se borra! ¡No somos los de antes, somos los de hoy en adelante!

Emma recorría las calles mediada por el cataclismo resultante del espacio urbano, los amigos que no regresaron, y el miedo trasladado a su ciudad por “la asistencia militar”. Así, las incidencias del día a día se conectaban con emociones y representaciones de su sociedad que tal vez sumaban a la raíz de sus inquietudes ante la actualidad que nos golpeaba de frente. Posicionando su retrospectiva, notó que sus recuerdos se aunaban a la muerte, articulando momentos que le eran familiares en la cotidianidad que vinculó al presente, cada senda decididamente marcada con la vida.

En su rompecabezas de acciones, menciones, palabras y sitios, pudo encontrar la efectividad de plasmar aquello que le era tan cercano

y limitado a la recordación, tejiendo marcas personales desbordadas con vacíos y fantasmas que la exhortaban a su eco. Al encontrarnos, sacó de su bolso un cuaderno ondulado y usado al estilo de esos reconocidos libros de artistas: “mire, he puesto huellas con dibujos, objetos imperceptibles, y textos que se relacionan, en esto me la he pasado los últimos años, son microhistorias a blanco y negro o coloridas que cuentan parte de mi existencia, le voy a leer, solo imagine lo que narro, y hágase las imágenes mentales”.

Juego de niña

Siempre acostumbraba de forma cruel a dejar que algún zancudo se posara sobre uno de mis brazos o piernas y observarlo con una lupa mientras metía su probóscide y extraía sangre hacia su abdomen, viéndolo crecer y saciarse hasta prender vuelo; lo seguía, y de una palmada, terminaba la experiencia para comprobar la capacidad de control que tenía sobre aquel ser viviente de tan pequeño tamaño. Ahí quedaba el color rojo como rastro de la experiencia en una pared o como marca distintiva en las líneas de las manos, lo cual me daba asco y corría a lavarme afirmando que no lo volvería hacer; promesa incumplida diez minutos después al sentirme poderosa por creer que disminuía la nube de mosquitos que todos los días, en pleno verano pegajoso, llegaban después de las cinco de la tarde, una misión perdida.

Llegan los furgones

Décadas atrás, recordaban en casa que alguien avisaba, desde la lejanía de esa calle principal donde vivían, que ya entraban a la zona de circulación vial los camiones con los cuerpos amontonados y entrelazados con la Violencia que les habían aplicado por ser liberales o conservadores. Un acto semanal cada lunes o martes, como si los fines de semana fueran institucionalizados para la faena del desplazamiento, el machete y el fusil. Cuentan que mamá decía

que se preparaban para “esa procesión donde la parca hacía fiesta”, que siempre agregaba la misma frase: “ahí va, sin dársele nada, no descansa la muy huesuda”. A los niños les advertían que se taparan los ojos, que no merecían ver esas crueldades. Sin embargo, eso significaba el efecto contrario; muy pendientes y decididos salían a ese encuentro para apostar y visualizar macabramente cuántos cuerpos venían completos, todo el tiempo espantados por alguna autoridad o doña Hortensia, la reconocida fotógrafa que publicaba sus fotorreportajes en el periódico local, a quien le parecía terrible que esa escena fuera observada por los infantes, la que ella quería evitar a toda costa al cerrar sus ojos, alzar la cámara, y activarla con el destello para tomar los registros, evitando así el doble estupor al tener que pasar al cuarto oscuro y creer con fe lo que no había revelado.

Realidad roja

En su momento, no entendí el mensaje grotesco y violento observado en una esquina del barrio un día domingo ante las celebraciones de simpatizantes políticos de color azul que, con banderas, pitos, y vivas, celebraban la victoria de su candidato a la presidencia de la república: el que ofrecía “casa, carro y beca”, y quiso traer la paz; el que nos invitó a pintar la paloma blanca como símbolo en la calle y que se borró años después como testigo de un momento fallido auspiciado por “los enemigos agazapados de la paz”, y la propia coordinadora guerrillera con nombre de libertador; el presidente que vivió cuatro difíciles años de conflicto y violencia expuesta con la insurgencia, los narcotraficantes, y el paramilitarismo, leída, escuchada y observada con los amigos de la escuela y el colegio a través de la prensa, la radio y la televisión junto a los ecos de la visita de un papa que mediáticamente luchaba ante el “fantasma del comunismo” en el supuesto fin de la guerra fría. Pero le cuento, la niña en la esquina quedó sin razonar porque

una camioneta atestada de gente tenía amarrado sobre el *bumper* trasero un gallo de color blanco, el cual ya había manchado sus plumas a escarlata: la muerte simbólica del oponente rojo, el popular “pollo López”, sumaba como tropo de la historia.

El cuerpo inmutable

Ante la desgracia del ahogamiento de un familiar, me decidí a acompañar a uno de sus hermanos a la morgue, sí, asumí ese reto que me sacaría de dudas sobre el color, el olor y el palpar de la piel de alguien que no tenía vida. Entrar significó sentir ese extraño frío de un edificio lúgubre con tres salones separados en cuyo interior estaban las mesas para necropsias y algunas neveras para conservar los cuerpos. Allí estaba Luis, rígido, sin ropa, con la palidez y estatura de siempre, “soy un flaco alto”, decía. Olía a río, a arena, la que le salió de su boca cuando le dieron vuelta, dejando ver su golpe en la cabeza, me lo imagine clavando en la “paila del diablo”, uno de los charcos que frecuentábamos. De nuevo en su posición inicial, toqué su rostro, suave y eterno, allí lo dejé, esperando el arreglo cosmético que le hacen a los occisos, regresando en la madrugada a su casa para la respectiva puesta en escena familiar ligada a la “conducta en los velorios”, como decía Cortázar, sumándole nuestras miserias: hablar bien del muerto, hablar mal de los que no llegaron, esperar el tinto y la copa de licor gratis, armar conciliábulos, soltar carcajadas mandadas a callar, los respensos cada cierto tiempo, los abrazos de pésame, las lloradas colectivas, y la ceremonia final con cantadita.

Ver y revelar

El destino me puso al lado de Hortensia, ¿la recuerdan? Fui su asistente durante muchos años hasta que heredé su puesto como fotorreportera, el cual abandoné atinadamente para alegría de mis ojos. La muerte y la tragedia vende, y a nuestra amiga le había

tocado seguir en el negocio del tabloide rápido y directo con las noticias locales y regionales con titulares escandalosos en primerísimo plano que se vendían como “pan caliente” a las cinco de la tarde. Atenta, siempre había una, dos y hasta cinco noticias que registrar. Montándonos en su viejo *jeep*, íbamos presurosas a las escenas del crimen, saltando controles y buscando los mejores ángulos para publicar, siempre regresando oportunamente al revelado para escoger la mejor foto, ojalá la más “visajosa” para los cazanoticias del horror que día tras día compraban el periódico, o aquellos que gratuitamente se amontonaban en el centro para ver las hojas pegadas y al detalle identificar posibles conocidos y armar a su acomodo las noticias: puro chisme parroquial.

Cauces funerarios

¿Recuerdan esa película *El río de las tumbas*? Pues miren, estos ríos que se cruzan todavía traen esos sepulcros con sus muertos sin nombre. Escuché que a algunos muchachos los estaban tirando a mansalva solo por sospecha de tener liderazgo en toda esta movida que tuvimos en abril y mayo, ímpetus tenebrosos o paramilitares, dizque salían en la noche en sus carros polarizados a hostigar lo que se moviera en los puntos de resistencia; inclusive un “motobombero” que opera los equipos de extracción de agua del río para cultivos de caña me contó que ha visto muchos llegar a su sitio de trabajo, que simplemente los empuja para que sigan su cauce, el del Cauca, diciendo que “estos muertos no son míos”, persignándose y haciendo una pausa a “la memoria del muerto” como Piper Pimienta Díaz en su *hit* musical salsero, agregando que estos cuerpos seguro llegarán al remolino de La Virginia, Risaralda. No es nuevo, si esa ficción de película retrataba con su modorra la tranquilidad de un pueblo, las desdichas de muchos NN se emparentaron con las aguas en la tragedia de la violencia incesante en nuestros ochentas y noventas del pasado siglo: muy sañudos los

asesinos, usaron este recurso natural dador de vida, como tránsito de muerte.

Epílogo en dos actos

Al terminar, le dije a Emma que parara ante el sonido de la emoción de su voz que se entrecortaba. Después hubo un largo silencio que pernotó en el ambiente frío, preguntándole: ¿qué sigue ante la insatisfacción de estos tiempos y las esperanzas irritadas que nos agobian? “Dar el siguiente paso”, respondió, “organizarse porque estos desaparecidos y muertos deben ser resarcidos en su sacrificio, mantener viva la imagen de esa bandera que se puso al revés en nuestras ventanas, y la de Kabe, un amigo que puso todo el entusiasmo en la calle quinta, yendo y viniendo desde la loma de la resistencia donde bailábamos al son que nos tocaban, y que se manchó con su sangre en esos trotes del norte cuando un francotirador nocturno le dio. ¿Sirvió de algo? No sé. Tocaré poner la simbólica tela tricolor patriotera en su orden una vez sintamos que se logró incluir cambios en todos esos requerimientos que se han pedido, pasar a otras líneas de reconocimiento político, limpiar la casa impulsando nuestros deseos en acciones reales y prácticas de las necesidades que tiene en este país mucha gente; difícil pero posible, así el señor del engaño desde su tierra ubérrima aúne feudos para nuestro fracaso, como la puesta en escena con la Comisión de la Verdad que manoseó a su antojo y conveniencia”.

Despidiéndonos, con la distancia que implica este momento pandémico, nos fue ganando terreno la avenida estación, ella volteó hacia el parque Versalles, yo hacia la calle sexta, avizorando seguramente las posibilidades que implicaba reconocernos en este enredo sociocultural que nos acoge. Durante ese tiempo, el reflejo de algunos vidrios en los edificios adyacentes dejaba notar que las noticias de las siete empezaban en las máquinas televisivas; más de lo mismo, supuse, mala cosa eso de cenar viendo el teleteatro

del engaño, pero qué se hace, debe uno verlos para saber cómo tergiversan y así tener argumentos ante la cruda realidad del debate. Llegando a casa, decidí ir a la sala y prender la tv; el zapeo me llevó a esas noticias, sorpresivamente terminaban de listar los líderes sociales asesinados en agosto y septiembre, daban cifras de los últimos cuatro años, siguió otra sección, la presentadora puso su mejor mueca, dio entrada a las notas de entretenimiento.